

tor cualquier alarde exegético. En ningún momento oculta la perspectiva desde donde lee y comenta el texto: la interpretación del Espíritu Santo como origen y dinamizador de la Iglesia, frente a la tendencia permanente a la institucionalización; la valoración de la misión como llamada permanente a la propagación de la Palabra más allá de las fronteras establecidas; y el éxodo permanente desde el Templo a la casa, de las estructuras religiosas cúlticas y de poder a las pequeñas comunidades de comunión, servicio y Eucaristía. Esta perspectiva orienta la lectura, selecciona los resultados de la investigación bíblica, interpreta los episodios narrativos, siempre con el objetivo de acercar el texto al lector, y facilitar así la comprensión personal y comunitaria, la actualización y aplicación a la experiencia actual de los creyentes.

Como reza el subtítulo del libro, Richard quiere hacer posible una lectura liberadora de los Hechos de los Apóstoles. Liberadora porque se ofrece un material cercano e inteligible a creyentes para los cuales otro tipo de comentarios más académicos les son inaccesibles. Liberadora también porque intenta leer los relatos bíblicos rescatándolos de interpretaciones excluyentes, marcadas por ideologías que atentan contra la dignidad del pobre, de la mujer, de otras razas, etc. Así, por ejemplo, el episodio de Pentecostés nos descubre que la multiplicidad de Babel no es un castigo, sino el proyecto original de Dios que consiste en «una humanidad plurilingüe y multicultural» (p. 42). Dentro de esta exégesis de la liberación, contrapone Richard la elección de Matías, signo de la «tendencia institucionalizadora» preocupada por reconstruir el grupo de los Doce, a la «violencia» del Espíritu que empuja al movimiento de Jesús como movimiento misionero hacia todas las naciones».

Cada capítulo concluye con unas preguntas que con gran sencillez resumen los contenidos de la exégesis y nos lanzan el reto de leer el presente a su luz. Son muchas veces propuestas sugerentes, como cuando el martirio de Esteban se propone como oportunidad para iluminar otros martirios más cercanos (p. 83).

Estamos pues ante un comentario a los Hechos de los Apóstoles rico y bien trabajado, orientado desde el principio por los principios exegéticos de la teología de la liberación, y destinado a creyentes comprometidos con dicha teología y su praxis, aunque muchas de sus interpretaciones y sugerencias pueden ser muy bien recibidas en otros ámbitos.—FRANCISCO RAMÍREZ FUEYO.

**D. MARGUERAT - Y. BOURQUIN, *Cómo leer los relatos bíblicos. Iniciación al análisis narrativo*, Sal Terrae, Santander 2000, ISBN 84-293-1365-6.**

Nadie mejor que los autores para presentar esta obra: «El presente libro pretende hacer posible la iniciación del lector en la andadura y los procedimientos de lectura del análisis narrativo. Está concebido como un manual: describe y aplica los instrumentos de esta lectura de tal manera que el lector o la lectora sean a su vez capaces de emplearlos» (p. 9). En perfecta coherencia con el propósito inicial, Marguerat y Bourquin, ambos de la Universidad de Lausanne, han escrito una espléndida introducción al método narrativo aplicado a la Biblia.

Haciéndose eco del ya clásico esquema de Jakobson (emisor-mensaje-destinatario; contexto-código), el capítulo primero sitúa el análisis narrativo como aquel método que se orienta principalmente no hacia el autor (métodos histórico-críticos) o hacia el texto en sí mismo (semiótica), sino hacia el lector y el efecto que en él produce el texto (p. 17). Según estos autores pues, el análisis narrativo estaría dentro de las lecturas llamadas «pragmáticas», junto a otros métodos como el retórico o el estudio de la respuesta del autor.

Los once capítulos que componen el libro van tratando de manera teórica y práctica todos los elementos de los que se compone un análisis narrativo: la diferencia entre «historia» y «enunciación»; cómo identificar los límites de un relato (cap. 3); la trama (cap. 4); los personajes (cap. 5); el marco temporal, geográfico y social (cap. 6); el empleo de tiempo (cap. 7); la voz narrativa (cap. 8); el papel del texto y el del lector (cap. 9); el acto de lectura (cap. 10). El libro se cierra con una propuesta sintética y práctica para llevar a cabo un análisis narrativo (cap. 11); con un apéndice donde se dan las respuestas a los ejercicios propuestos a lo largo del libro; con un glosario de términos y con dos índices: de citas bíblicas y analítico.

La exposición se hace particularmente agradable por el uso de viñetas, esquemas, cuadros de texto donde se sintetizan las ideas principales y las definiciones de conceptos, o donde se ofrecen preguntas para revisar el grado de comprensión de lo expuesto. Frecuentes ejemplos o aplicaciones prácticas, así como sugerencias bibliográficas selectas complementan las explicaciones teóricas. Todo ello en un lenguaje asequible, que va explicando cada concepto o término técnico empleado.

Se agradece también la flexibilidad con que los autores enfocan el análisis narrativo, tanto a la hora de emplear conceptos e instrumentos propios de otros métodos, como en su rechazo a imponer a los textos patrones de lectura predeterminados. El modelo estructural de la trama (situación inicial, nudo, acción transformadora, desenlace, situación final) sirve como un «patrón con el cual se pueden medir los relatos para determinar lo que tienen de único». No se reduce el relato a esquemas universales y abstractos, muy al contrario: se busca en él lo original. El sentido proviene muchas veces de la sorpresa producida al lector, cuyas expectativas ante el relato no coinciden con el desenlace elegido por el narrador.

Notamos un cierto énfasis puesto en la interacción con el análisis semiótico, hoy quizás menos actual, y una cierta ausencia de explicaciones y ejemplos donde se muestre la interdependencia entre el análisis narrativo y los métodos histórico-críticos. Por poner un ejemplo, buena parte de lo que un análisis narrativo extrae de comparar sinópticamente relatos evangélicos proviene de los estudios de la crítica de las fuentes y de la crítica de la redacción. Un capítulo dedicado a mostrar cómo el análisis narrativo emplea y complementa los métodos histórico-críticos no hubiera sobrado en esta obra.

La terminología se adapta al uso habitual en la lingüística española. La traducción es buena, dadas las complejidades que suponen terminologías muchas veces excesivamente dependientes de un sistema o método concreto y sin traducción al menos «oficiosa» al español. Algún término, sin embargo, podría haber sido mejor traducido. Por ejemplo, al hablar de personajes «bloque» (p. 100), quizás sería mejor emplear el adjetivo «bloqueado», pues indica más claramente la cualidad de un personaje cuyo papel no varía a lo largo del relato.—FRANCISCO RAMÍREZ FUEYO.